



la Iglesia en el mundo de hoy

«ESPERA UN TREMENDO JUICIO A LOS CRISTIANOS QUE VIVAN DE ESPALDAS A LA JUSTICIA, EL AMOR Y LA PAZ»

Numerosos documentos episcopales españoles ante el Día del Amor Fraterno

«¿Y a quién no le preocupa la justicia? Nuestra juventud es especialmente sensible a las exigencias de la justicia», escribe monseñor Cases Deardal, obispo de Segorbe-Castellón. Escribe más adelante: «Hoy puede hacerse profesión de ateísmo. Lo que nadie hace es profesión de egoísmo. Los otros, al menos en teoría, valen la pena.»

«Justicia, amor y paz! Algo que todos llevamos dentro como un ideal a obtener. El problema se plantea cuando se estudian los caminos para llegar a él.»

Para nosotros el Evangelio es diáfano en este punto. En el quinto domingo de Cuaresma de este año leíamos: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde.» ¿Quién, fuera del cristianismo, se ha atrevido a decir: quien se ama a sí mismo, se pierde?»

Después de recordar el lugar que la Eucaristía tiene en esta concepción de la justicia y del amor, concluye: «Quién como nosotros, los católicos, está obligado a no separar lo que Dios unió, justicia, amor y paz?»

«Tremendo juicio les espera a los seguidores de Cristo que no cumplan "el mandamiento nuevo" que viven de espaldas a la justicia, al amor y a la paz.»

LA FRATERNIDAD DESGARRADA.—El obispo de Tarazona y administrador apostólico de Logroño escribe a sus diocesanos sobre las implicaciones prácticas del amor fraterno.

«Las singulares condiciones de nuestro tiempo hacen, si cabe, más urgente el deber fundamental de los hombres de permanecer unidos en Cristo. Nuestra conciencia de fraternidad cristiana hoy está desgarrada por muchos signos de incomunión, que hunde sus raíces en el corazón humano: los factores de desequilibrio, las desigualdades y carencias injustas, la escalada de odios y de violencias que perturban y atentan a diario nuestra convivencia familiar, social y nacional.»

«¿Es que resulta hoy imposible el precepto del amor fraterno? Sí, para los que quieren prescindir de Cristo en sus relaciones con los demás hombres. Pero no para los cristianos.»

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos.»

LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR.—El obispo de Osma-Soria, ante el Día del Amor Fraterno, invita a la «civilización del amor» como contraofensiva pacífica a las dialécticas del odio, de la división y del egoísmo, tan activas en nuestro mundo.

«La civilización del amor —añade monseñor Cardenal— es la perenne sabiduría del amor fraterno, que ha caracterizado, en virtud y en obras, el caminar de la Iglesia a través del tiempo, y que reavivada y multiplicada en esas mismas obras debe acreditar, también hoy, nuestro nombre cristiano y demostrar su presencia eficaz entre los hombres.»

«Debemos hacer de la caridad un compromiso prioritario. Compromiso que nos debe llevar primero a la unidad de criterios en los postulados que la fe nos exige, a la cohesión viva de las voluntades

para poder ser los constructores de la civilización del amor, y al mismo tiempo, a la actitud de paciente comprensión, que perdona, que hace el bien y ora por los enemigos para que seamos hijos del Padre, y podamos esperar una gran recompensa en los cielos.»

Para que la caridad sea auténtica exige unas premisas: la verdad, el respeto mutuo y la justicia.

«Cuando se atenta contra la verdad moral —afirma el prelado—, contra las exigencias de nuestra fe y contra la misma dignidad de la persona humana, se está atentando propiamente contra la civilización del amor.»

Refiriéndose al respeto mutuo, el obispo de Osma-Soria escribe: «La caridad exige una actitud respetuosa con el prójimo, incluso cuando disienta de nosotros en la variada gama de cosas que Dios ha dejado en el terreno de las cuestiones opinables.»

El mismo deber nos pide un respeto sincero a la autoridad legítima. Si ella debe prestar con su función un servicio al bien común, nosotros debemos respetarla, deterrando críticas injustas y paralizantes y aportando junto a ella una leal colaboración al mismo bien común.»

En cuanto a la justicia, monseñor Cardenal señala: «Cuando existe una amenaza para los derechos fundamentales de la persona, como son el de su dimensión trascendente, el de la educación religiosa, o el de la misma vocación cristiana, lo que está en peligro es la civilización del amor: se ha lesionado la justicia.»